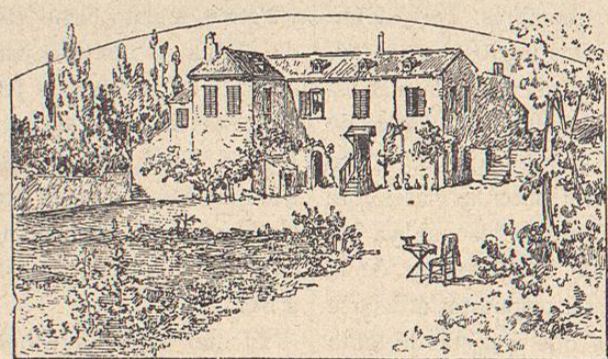


heroico Richepanse y donde la Convención había logrado en guerra con Inglaterra,—1794,—expulsar á los ingleses que se habían apoderado de ella con auxilio de los negros, que pagaron con su sangre el decreto de la Convención emancipándoles, Richepanse aceptó después de la paz de Amiens el encargo de restablecer en ella la esclavitud. Los negros defendieron enérgicamente su libertad durante varios meses, pero tuvieron que sucumbir á la valentía de los soldados de la república y á la inte-

ligencia de su jefe, cuya vida le arrebató no una bala sino la fiebre amarilla.

Durante las guerras del imperio, la Guadalupe fué tomada otras veces por los ingleses. La última durante los cien días, guardando Inglaterra su conquista hasta el 25 de Julio de 1816, en que fué devuelta á Francia, que continúa aún hoy poseyéndola, habiendo la colonia recompensado los esfuerzos de la metrópoli, dándole hombres que han ilustrado las artes y las letras de Francia.



CAPITULO VI

SITUACION POLITICA DE EUROPA

Situación de España.—Política de Urquijo y de los reyes.—Se sacrifica á España para favorecer al extranjero.—Urquijo y la curia romana.—Caballero ministro: su retrato.—Persigue á los hombres más esclarecidos de España.—Restablece los procesos de inquisición.—Godoy y Caballero.—Se opone éste á las reformas militares.—El ministro de la Guerra, Cornel.—Levas en Valencia.—Sublevación del país.—Cómo se apaciguó.—Popularidad de Godoy.—Matrimonios reales.—Intervención de Bonaparte.—Proyecta casarse con la infanta.—Cómo se eludió la dificultad.—Azara y Godoy.—Este es opuesto al casamiento del príncipe Fernando.—Fiestas en Barcelona.—Larguezas de la corte.—Pretensiones económicas de Francia.—Venida de Beurnonville.—Muerte del duque de Parma.—Ocupan los franceses el ducado.—Inútiles reclamaciones de España.—La orden de Malta.—Domiciliase en España.—Irritación de Bonaparte.—Beurnonville pide que se renuncie á los derechos á la corona de Francia, y que los reyes procuren igual renuncia de los príncipes franceses.—Negativa de Godoy.—Situación económica de España.—Deuda española y americana.—Miseria de los empleados públicos.—Extinción de vales reales.—Los caudales de América.—Medidas económicas y financieras.—Dotación de los altos empleados.—Número de ellos.—Funcionarios del Estado.—La nobleza.—El clero.—Número de individuos.—Sus rentas.—Anticipo de cien millones.—Sus fundamentos.—Estado de nuestro ejército y marina.—¿Cuál había de ser la política de España?—Francia é Inglaterra.—Cómo se recibió en el Parlamento inglés la paz de Amiens.—Oposición de Pitt y Sheridan.—La prensa inglesa.—Reclama en contra de ella Bonaparte.—Réplica del gobierno inglés que acude á los tribunales.—Reproducense en España los artículos de los diarios ingleses.—Reclamaciones de Beurnonville.—Enérgica repulsa que recibe del gobierno.—Transacción.—Política de Francia en Italia.—Anexiones.—Cómo impuso su presidencia á la república Cisalpina.—Reclamaciones de Inglaterra y Austria.—Respuestas de Bonaparte.—Desencanto de Italia y de Europa.—Créese necesaria una nueva guerra.—Situación de Holanda.—Golpe de Estado holandés.—Augereau en Holanda.—Nueva constitución.—Situación de Suiza.—Por qué la evacuaron sin avisar las tropas francesas.—Guerra civil en Suiza.—Rápido triunfo de los confederados.—Envía Bonaparte á su ayudante Rapp á Berna.—Suspéndense las hostilidades.—Provocaciones de Bonaparte: disuelve el Senado suizo.—Renúevanse las hostilidades.—Preparativos para invadir la Suiza.—Ney entra en Berna.—Retirase Reding.—Disuélvase la Dieta.—Inglaterra retira su embajador en Suiza: reclamaciones.—Nueva constitución suiza discutida en Saint-Cloud.—Cómo se estableció la concordia en Suiza.—Bonaparte mediador.—Inglaterra excita á Austria para que declare la guerra á Francia con motivo de lo sucedido en Suiza.—Resistencia de Austria.—Sus causas.—Alemania y Austria.—Las compensaciones y secularizaciones.—Reconciliación entre Alemania y Francia.—Reformas interiores en Austria.—Reformas políticas, económicas y religiosas.—Reformas militares.—El archiduque Carlos.—Reformas en la instrucción pública.—Carácter de la restauración austriaca.—Los judíos.—Crítica de las reformas y reformas reclamadas por el conde Chotek.—Situación de Rusia.—Situación de Prusia.—Aislamiento de Inglaterra.—Pensamiento de Bonaparte.



EN el momento en que va á abrirse un nuevo y grande período de la historia del siglo XIX, es necesario ver cuál era la situación en que estaban las potencias europeas, ya que todas ellas han de aparecer y moverse en el tablero en que durante doce años Bonaparte jugara

á los europeos las más terribles partidas que hasta entonces nación alguna se hubiese atrevido á jugar contra ellas.

Pasaba España en esos momentos por una crisis decisiva.

Hemos visto á Urquijo hacer cuanto podía, un

ministro á quien constantemente se le cortaba el paso por intereses anti-españoles. Urquijo, sólo de mala gana, y cediendo á la fuerza y á la debilidad y complacencia de los reyes, cedía á su vez delante de Bonaparte y todo para que una infanta de España fuera reina de Etruria, de una reina que no podía durar más que el tiempo que quisiera Bonaparte, esto es, más que el tiempo que conviniera á sus intereses. Para dotar un príncipe extranjero de mejores Estados, para cambiar su corona ducal por otra real, se sacrificó España sin gloria, perdió su armada, destruyó su poderío, y dejó que se le escaparan sus colonias sin gloria ni provecho.

Sobre España pesaba también otra influencia fatal, la de la curia romana.

Urquijo era un liberal, un reformista, y la Revolución francesa le era simpática. Quería devolver al gobierno y al Estado español todo su antiguo prestigio, y como se encontraba preso por las usurpaciones de Roma, se empeñó en defender las regalías de la corona que poco á poco la curia había ido secuestrando, tal vez con falta de prudencia, pero no sin razón ni justicia.

Admitimos de buen grado que el pueblo español no estuviera preparado para la campaña que emprendió Urquijo, y que fueran muchas las personas que se escandalizaran por las disputas religiosas en que andaban metidos los prelados más eminentes de España, pero esto mismo prueba que si se hubiese dejado libre el campo, en vez de hacer que intervinieran los reyes y la inquisición, sobre ilustrarse la opinión pública, se hubiera liberalizado haciéndose para el porvenir imposibles las guerras civiles.

Roma, pues, tanto como Bonaparte, triunfó con la retirada de Urquijo.

Sucedióle como ya hemos dicho, Caballero, de quien Godoy y Muriel, los dos grandes enemigos, nos han dejado un retrato completo. Para entrambos era un falso devoto, un enemigo implacable de las luces y de todo progreso, un cruel perseguidor de los hombres liberales é ilustrado, un oscurantista como entonces se decía. Muriel añade además que era el instrumento escogido por la reina para sus enredos.

Alcalá Galiano, que si no es un contemporáneo conoció los contemporáneos de Caballero, nos le pinta «de talento, si no grande, tampoco corto; aunque mal empleado, y acreditado en pequeñeces y arterias; de instrucción indigesta y mala, de depravadísimos corazón, bajo, adulador, y á veces rebelde á quien lisongeaba y servía, si bien usando

para derribarle más la traición que la resistencia, no obstante que también á esta última recurría con cálculo y tino para su provecho propio, perseguidor de la ilustración del siglo; hombre, en suma, que en una corte de mala fama pasaba por el peor entre los malos, en ella tan comunes.»

Caveda que estuvo en idéntica situación que Galiano, nos dice que era Caballero un «envilecido fanático que aborrece todo linage de progreso, y teme y combate los buenos estudios.»

Lafuente nos lo presenta ahora en su obra: «Triunfante por segunda vez Caballero, al modo que á la caída de Jovellanos, destruyó cuantos planes, proyectos y mejoras había planteado aquel esclarecido ingenio en beneficio de la ilustración y de los adelantos y progresos de la enseñanza y de las ciencias, haciéndolos retroceder al estado en que se hallaban en los tiempos más menguados, á la caída de Urquijo desplegó su odio perseguidor contra las mayores ilustraciones literarias, bien fuesen prelados sabios y virtuosos como los de Salamanca y Cuenca, bien fuesen íntegros y distinguidos magistrados como Meléndez y Valdés, el digno y grande amigo de Jovellanos. Resucitó los procesos de Inquisición, y acumulando documentos, verdaderos ó apócrifos, en que se hacía aparecer que todas aquellas personas eran ó jefes ó afiliados á una secta enemiga de la silla apostólica y de la monarquía, incitaba á Carlos IV á dictar medidas é imponer penas rigurosas, prisiones, destierros y autos de fe.»

Caballero, el hombre de confianza de María Luísa, ó el hombre de confianza del rey, y en definitiva, el hombre tal vez del bajo y ruín clero de la época que se había apoderado de la sociedad española para aniquilarla, fué un ministro omnipotente. Puesto para vigilar y contrariar á Urquijo, le derribó. Al lado de Cevallos se impone á Godoy, cuando Godoy vuelve al gobierno. Godoy mismo tiene que sufrirlo, si es que las protestas de Godoy en sus Memorias no ocultan su despecho, al ver que el hombre que se creía omnipotente cerca de Carlos IV, tenía que compartir su privanza «con un hombre dado al vino, de figura inmoble, cuerpo breve y craso... de color cetrino... ciego de un ojo y del otro medio ciego.»

Godoy antes de volver por segunda vez al poder, se encontró ya con Caballero á propósito de las reformas militares, que quiso llevar á cabo como generalísimo de los ejércitos españoles. Quiso que se enseñase la táctica moderna y á esto se opuso Caballero. Quiso organizar escuelas militares y Ca-

ballero se opuso. Resultado de esto, que cuando la guerra de las naranjas se vió á unos regimientos maniobrar á la antigua y otros á la moderna, lo que contribuía mucho á quebrantar la disciplina y espíritu militar. Esto era tanto más sensible cuanto que en presencia del estado de cosas de Europa, todo debía posponerse á la restauración de nuestro poderío militar.

A esta idea obedeció la orden desatentada del ministro de la Guerra, Antonio Cornel, ordenando que se levantaran en Valencia seis cuerpos de milicia uno de ellos en la capital, cuando Valencia tenía por lo que había logrado salvar de sus fueros la exención del servicio militar. La orden de Cornel fué mal recibida en Valencia, pero el ministro creía que podría imponerse gracias á haber nombrado un personal simpático y al apoyo de ciertas notabilidades valencianas. Pero el pueblo no se dejó convencer y cada día iba siendo más resuelta su oposición. En particular á la hora de retreta se presentaba tumultuoso. Creyeron las autoridades que era ya llegada la hora de obrar con energía y saliendo de su actitud pacífica acudieron á las armas. Se derramó, pues, sangre de uno y otro lado y nadie podía preveer cuál sería el resultado de aquella conflagración.

La corte se asustó, no por las víctimas que se habían hecho, sino porque se agitaba en Valencia el proyecto de interesar en un movimiento á Aragón y Cataluña países por idéntica causa exentos del servicio militar, no, sin embargo, en favor de una separación de España en la que nadie pensaba, sino para recobrar los antiguos y perdidos fueros. Esto fué lo que desazonó al gobierno y al rey. Este creyó que en tan críticas circunstancias debía tomar consejo del príncipe de la Paz, y le llamó á su despacho.

Godoy, contra el parecer del gobierno, aconsejó que se dejase en paz á los pueblos, que no se creasen milicias, sino batallones ó regimientos en regla, esto es, por medio del enganche, y que esto convenía hacer cuanto antes con los valencianos, catalanes, aragoneses, vascos y navarros, y este plan prevaleció, es decir, que se hizo público que se renunciaba á crear las dichas milicias, con cuya medida se aquietó el país, de lo que se hizo grande Godoy, ya que Carlos IV había mandado fijar su opinión en la *Gaceta* junto con su conformidad.

Si con esto se aquietó Valencia y su reino, tras, empero, de algunas ejecuciones para que saliera incólume el principio de autoridad que así entienden la justicia los defensores de dicho principio, el principio de autoridad representado por el gobierno

no quedó muy quebrantado, y por esto no cabía el indulto que se dió á los valencianos el 12 de Noviembre de 1801 tomando por pretexto el haberse firmado los preliminares de la paz con Inglaterra y haberse el rey repuesto de su enfermedad,—cuyo restablecimiento, empero, remontaba al 14 de Setiembre en cuyo día se celebró en todas partes con un *Te-Deum*. Si, pues, se dió el indulto, fué porque la iniquidad de la represión corrió parejas con la justicia del decreto del ministro de la Guerra.

Godoy tuvo que entender por este tiempo en otros acomodamientos no menos graves que el de Valencia.

Debían los reyes de España casar á sus dos hijos al príncipe Fernando que tenía á la sazón diez y siete años y á la infanta María Isabel. Siempre ha sido cosa delicada el matrimonio de príncipes por lo que compromete los intereses de los pueblos, y más aún en las monarquías absolutas como lo era por ese tiempo España, ya que los reyes, considerando las naciones como cosa propia, comprometían á los pueblos por medio de estos enlaces á actos que les eran odiosos ó inconvenientes. Ahora era aún más difícil arreglar el asunto, dado que no se había de disgustar á Bonaparte con el enlace del príncipe Fernando. Este se concertó con la hija del elector de Sajonia y Bonaparte lo aprobó, pero hizo que se dejase para más adelante. Del enlace de la infanta era Bonaparte mejor que no sus padres quien se preocupaba.

Muriel y Godoy nos han revelado los proyectos de Bonaparte de casarse con ella. De esta negociación fué el encargado Luciano, y éste, como es de presumir, procuró interesar en ella á Godoy. Luciano se lo encareció como conveniente á la prosperidad de España, diciéndole que los impedimentos subalternos,—el matrimonio de Bonaparte con Josefina,—era poca cosa, «ya que lo divino y lo humano se dispensa todo por el bien de los pueblos.» Por el mismo tiempo, aún cuando con mayores reservas, Bonaparte indicaba lo mismo á Azara.

Bonaparte se había precipitado. No había llegado todavía para él el tiempo de entroncar con las familias reales de Europa. Para estas era todavía un general republicano, y un hombre improvisado, sin genealogía y sin antecedentes, vence, se impone, pero no suplica. La repulsa no fué, sin embargo, más que diplomática. Los reyes y Godoy abandonaron sus proyectos de enlaces con príncipes alemanes y se concertaron á toda prisa otros con la familia real de Nápoles. Fernando debía casar con la princesa María Antonia, hermana del príncipe he-